Mujeres en el siglo XX mexicano: agentes del proceso histórico. (2022). Cristina Alvizo Carranza y Elizabeth Cejudo Ramos (Coords.). El Colegio de Jalisco.

Isabel Juárez Becerra
Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación, Universidad de Guadalajara

Síntesis curricular: Isabel Juárez Becerra es doctora en Historia por El Colegio de Michoacán. Sus líneas de investigación versan sobre la historia de las mujeres.

Leer es encontrar y descubrir. Hablamos de encontrar, porque en *Mujeres en el siglo XX mexicano* cada línea da cuenta de cómo se entreteje el diálogo y las bases en las que se ha construido y debatido el conocimiento sobre la historia de las mujeres, las escuelas que se han formado y los pilares regionales que las sostienen o que las han fomentado. En esto último, y a manera de ejemplo, es perceptible la huella de Teresa Fernández Aceves en la formación de nuevas generaciones de investigadoras jaliscienses.

Mujeres en el siglo XX mexicano abre el diálogo con un recorrido historiográfico somero y concreto, lo que nos permite identificar en dónde se sitúa este libro y cuáles son sus aportes. Con cada capítulo se da cuenta de la afinidad temática, de experiencias de investigación similares y objetivos y propósitos propios de la corriente de la historia de las mujeres: el eje es mostrar cómo han sido agentes de cambio y que por lo tanto inciden en la transformación social.

Este libro es un recorrido de encuentros con mujeres entrecruzadas por el tiempo y el espacio, todas ellas marcadas por una experiencia historiográfica que las invisibilizó de manera sistemática y que, asimismo, se enfrentaron a un fuerte centralismo académico, que de forma reiterativa nos señalaba que todo lo relevante sucedía en la capital del país. Este libro, además de ofrecer un relato histórico que visibiliza a las mujeres, mantiene una línea de apertura e integración regional al contar con una perspectiva geográfica más amplia, pues abona al conocimiento de mujeres que vivieron en California, en Sonora, Guadalajara, Aguascalientes, Baja California, Ciudad de México y, en un par de escritos, las autoras nos brindan estudios de perspectivas nacionales. A la vez,

nos permite encontrarnos con investigadoras de diferentes latitudes del país y de diversa procedencia institucional, esto en un claro esfuerzo por ilustrar distintas realidades de las mujeres de aquel siglo XX mexicano.

Leer es también un descubrir. Descubrir, porque en cada página de esta obra se develan múltiples historias, en este caso, diversas historias de vida de mujeres, desde lo individual o lo colectivo, quienes vivieron, sintieron y experimentaron las posibilidades y limitaciones de su tiempo y espacio. En *Mujeres en el siglo XX mexicano* el lector descubrirá una mirada plural, un abanico de realidades, de manera que podrá fascinarse por Elizabeth Trowbridge y Ethel Duffy Turner, que dejaron huella por su activismo político en California, o con Josefina Vázquez de León, una mujer que hizo de la cocina un negocio, una empresaria que, a través de recetarios, vendió más que saberes culinarios. También encontrará unas decididas mujeres, unas pelonas tapatías, que causaron revuelo porque eligieron abandonar la trenza, usar el pelo corto y con ello despertar el miedo, el enojo y la violencia de algunos sectores de la sociedad.

De Guadalajara, la obra nos conduce hacia Sonora con aquellas mujeres que tuvieron presencia en escenarios políticos; por una parte, las que solicitaban el voto femenino, por otra, las que participaban en las campañas electorales de abanderados del Partido Nacional Revolucionario (PNR) o del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y, por último, el contexto de debate que suscitó el empadronamiento de las mujeres, una vez que fue posible el voto femenino. De la simpatía femenina con el PRM, el libro nos lleva a descubrir el perfil de las identificadas con el Partido Acción Nacional, así como las percepciones de la cúpula dirigente sobre la necesaria inmersión político-partidaria de las mujeres. Bajo la misma línea de mujeres católicas, *Mujeres en el siglo XX mexicano* nos invita a descubrir la travesía que realizaron las Hermanas Mercedarías del Santísimo para llegar a Baja California y comenzar una labor educativa en pro de las niñas, aunque la orden también se ocupó de niños. En el último capítulo, descubrimos la vida de Elvira López Aparicio, una profesora e investigadora que nos legó múltiples estudios biográficos, y que ahora es biografiada por Marcela López Arellano.

Este libro nos ofrece las historias de vida de mujeres activistas, jóvenes, adultas, profesionistas, modernas, tradicionales, radicales, creativas, empresarias, conservadoras, universitarias o religiosas, y de entre sus vidas descubrimos procesos y fenómenos sociales que envolvieron ideas, valores, creencias y normativas del México del siglo XX. Ese siglo XX que la Historia, con mayúsculas nos ha insistido que inició con la Revolución mexicana, en 1910, con la ruptura del régimen porfirista. Las historias de

Mujeres en el siglo XX mexicano, parten cronológicamente en 1908 y la mayoría de la vida de las protagonistas transcurrió durante ese siglo XX.

Mujeres en el siglo XX mexicano: agentes del proceso histórico es una invitación a descubrir, a través de biografías, grupos y redes de mujeres, los procesos y fenómenos sociales que experimentó el país. Porque a lo largo de toda la obra nos confirman que "Lo personal es político", y que la vida privada transcurre en el ámbito público, así como lo público trastoca lo privado. Porque Margarita Vásquez Montaño, al hablarnos de Elizabeth Trowbridge y Ethel Duffy Turner, no lo hace sólo desde el vínculo de amistad entre las jóvenes o a partir de la interacción con sus parejas sentimentales, sino que vincula estos elementos con los círculos socialistas, la labor editorial y periodística, y el activismo político de las protagonistas, esto hasta el declive de sus vidas. Leer sobre Elizabeth y Ethel es conocer acerca de la simpatía del Partido Liberal Mexicano en el extranjero y comprender la manera en que se politizaron.

Milagros Cruz Guerrero, al compartirnos la vida y obra de Josefina Vázquez de León, nos muestra parte de la trayectoria de una viuda que por cerca de 30 años se dedicó a editar recetarios de cocina, pero también nos permite comprender las múltiples formas en que la modernidad se coló por la cocina, a través de estufas, licuadoras, baterías y hornos. En una cocina equipada con aparatos eléctricos se posicionaba la modernidad, que competía con la tradicional hornilla y fogón; con lo moderno, las mujeres podrían preparar en menos tiempo los alimentos saludables y nutritivos para la familia. Más allá de esto, con una mirada atenta, Cruz Guerrero muestra que esos recetarios de sopas, carnes y postres develan la tensión política que propició la expropiación petrolera, lo que significó un punto de inflexión en la carrera de Josefina Vázquez de León.

Cómo comprender, sino desde las barreras difusas de lo público y lo privado, a las pelonas tapatías que nos relata Cristina Alvizo, quien además nos muestra cómo el centralismo académico había determinado que la moda de los años 20 sólo llegó a la capital del país, y que en provincia no había rastros de *flappers*. Cristina Alvizo rebate esa interpretación y nos detalla la discusión entre las asiduas a la moda y los bandos pro trenza en la prensa tapatía; el debate, sin duda, era una pugna entre la concepción de lo tradicional y lo moderno, una disyuntiva que envolvía percepciones de estética, moral, social, higiene, perfil laboral y educativo. Cuántos significados hay detrás de una melena o un cabello trenzado. Cuánta fue la necesidad de mantener el control de las mujeres, que se puso en el debate público el uso de melenas. El aporte de Cristina Alvizo es un claro ejemplo de los múltiples temas que comienzan a explorarse en las regiones pues, aunque la historia de las mujeres ha avanzado de forma muy significa-

tiva, aún hay varias áreas de oportunidad en las que podemos profundizar y brindar nuevas interpretaciones regionales.

Elizabeth Cejudo nos comparte de forma hilvanada los episodios más relevantes en la construcción ciudadana de las sonorenses. En esto, la autora es perspicaz al conectar sucesos y ampliar el sentido de lo que entendemos por "participación política", ya que analiza tanto la solicitud que presentó Emélida Carrillo para exigir el derecho al voto en el congreso local, como el apoyo que las mujeres prestaron en las campañas electorales de los candidatos oficiales, al igual que la formación y agencia en sindicatos, pues desde cada vertiente se contribuyó a normalizar la presencia de las mujeres en los procesos políticos y esto permitió su intervención en la vida pública-política y partidaria. Por otra parte, Elizabeth Cejudo nos muestra que el debate sobre la politización de las sonorenses estuvo centrado en una cuestión que pareció recurrente: si las mujeres salían de casa para beneficiar/apoyar/respaldar a los hombres, eso está bien, era aceptable, pero si salían a hacer efectivo su derecho a la participación política, eso no era tan permisible.

Larisa García al abordar a las mujeres en el Partido Acción Nacional también nos demuestra cómo ese proceso fue posible debido a que, desde la derecha, se ideó una feminidad compatible con la vida política, a partir de un escenario que veía necesaria la participación de las mujeres en el campo político, pero sin que esto significara que tuvieran que abandonar o menospreciar su papel en el hogar, es decir, se pretendía fomentar la igualdad como ciudadanas, permaneciendo subordinadas a la familia y proponiendo un feminismo de bases cristianas. Esta línea interpretativa pone a la mesa la pluralidad de mujeres y feminismos, así como el juego interpretativo sobre el que se han delineado, según la concepción e intereses de cada grupo social.

Heidy Zúñiga al escribir sobre las Hermanas de la Misericordia lo hace desde la institución religiosa, hilvanando la experiencia de esta orden con la educación de niñas en Mexicali, con lo que nos muestra no sólo el aporte de esas religiosas en la región, sino lo que implicaba una educación a partir de los valores católicos, en las escuelas particulares, en donde las clases de química, dibujo o canto tenían como propósito formar mujeres virtuosas y hábiles en el hogar, en la cocina y en la familia. Vinculado con el texto de Larisa García, es conveniente recordar que Baja California fue por muchos años un bastión panista. ¿En qué medida habrá influido la labor educativa de las Hermanas de la Misericordia para nutrir cuadros políticos de perfil conservador?

Por último, Marcela López Arellano nos permite adentrarnos en la vida de Elvira López Aparicio, una mujer que salió de Aguascalientes para realizar sus estudios de

posgrado, en la década de los 50 estudió maestría y en los 60 cursó el doctorado. Elvira se convirtió en catedrática de la Universidad Nacional Autónoma de México, e investigó sobre José María Roa Bárcena y Manuel Gutiérrez Nájera. Una mujer investigó la vida de otros, sin pensar que después ella sería el centro de una investigación.

Leer es encontrar y descubrir. Porque al leer nos encontramos con nosotras mismas y nos descubrimos con las vidas de esas otras mujeres, de otros tiempos y espacios, con agencia y capacidad de transformar y experimentar los avatares sociales del país. Leer es encontrar y descubrir, porque más de alguna vez hemos incursionado en el activismo político o hemos tenido entre nuestras manos un recetario de cocina. Cuántas se han unido con convicción a la participación político-partidista, quiénes han estudiado en colegios católicos o particulares, cuántas hemos decidido seguir la moda y enfrentado las críticas por lo que eso ha implicado, cómo hemos sobrellevado los embates y deleites del mundo de la investigación, cuántas hemos salido a estudiar a otros estados.

Leer es encontrar y descubrir por qué en *Mujeres en el siglo XX mexicano: agentes del proceso histórico* nos encontramos y descubrimos la manera en que se expresaron los sueños, los ideales, los valores y las normas sociales, al mismo tiempo que comprendemos en dónde se arraigan los miedos, las críticas y, en ocasiones las violencias de algunos grupos de la población. El eterno debate entre la tradición y la modernidad devela el temor de ciertos sectores de la sociedad, lo cual en este libro nos permite comprender que en gran medida ese sentimiento se basaba en el deseo de que las mujeres no dejarán de depender de los hombres, que no abandonaran las tareas del hogar, e incluso el temor a que sobresalieran en áreas donde habían predominado los hombres. ¿Cuántos de estos temores podemos identificar en la actualidad?

En el fondo lo que trasluce es el miedo, el miedo porque las mujeres se corten el pelo, por qué después que van a hacer, ¿pedir el voto? Una vez que por derecho las mujeres pudieron votar y ser votadas, el miedo persistió, y se temió que abandonaran sus labores domésticas. Para incentivar la participación política en cuadros conservadores, se previó un feminismo acorde con la feminidad católica, con la finalidad de que esas mujeres continuaran con papeles tradicionales.

¿Acaso no hay algo de miedo en reconocer los logros de las mujeres? ¿Por qué a pesar de la significativa labor de Josefina Vázquez de León, de su amplio reconocimiento y alcance al editar recetas regionales, no se le había estudiado como lo hace ahora Milagros Cruz?, ¿por qué no se había reconocido su papel empresarial, su relevancia y el trabajo que realizó al conservar y difundir la cocina mexicana?

¿Por qué nos es complicado identificar la labor intelectual de mujeres como Elvira López Aparicio? ¿Cuántas de ellas han realizado significativos aportes al conocimiento, pero siguen sin ser reconocidas y sin ser estudiadas de forma comprometida y sistemática como lo hace en este libro Marcela López Arellano? ¿Cuántas de ellas permanecen desconocidas? ¿Por qué en nuestras clases de Revolución mexicana leemos sobre los viajes de Jhon Kenneth Turner, pero no de Elizabeth Trowbridge y Ethel Duffy?, ¿por qué es estudiado el romanticismo intelectual que incitó la Revolución Mexicana, pero en ella no figuran las mujeres? El porqué de estas situaciones las conocemos, y desde libros como el que hoy presentamos se contribuye a subsanar estos vacíos historiográficos.

Dónde estarían Elizabeth y Ethel sin la inquietud e investigación de Margarita Vásquez Montaño, cuánto tiempo más hubieran permanecido invisibilizadas Josefina Vázquez de León y Elvira López Aparició, sin las plumas de Milagros Cruz y Marcela López. Cómo podríamos encontrarnos y reconocernos en aquellas tapatías de cabello corto, sin el interés de Cristina Alvizo. De qué manera podríamos valorar los avances políticos y políticos-partidarios sin trabajos como los de Elizabeth Cejudo y Larisa García. Cómo repensar a las Hermanas de la Misericordia más allá de la institución, y reflexionar que ellas también fueron mujeres, que desde su cosmovisión contribuyeron a la educación femenina, si no es con el texto que comparte Heidy Zúñiga. Cada texto es en sí mismo un aporte, y este libro es la suma de la voluntad, el compromiso y la coordinación, con un propósito en común.

Leer es encontrar y descubrir. Y *Mujeres en el siglo XX mexicano: agentes del proceso histórico* nos muestra cómo lo simple construye lo complejo. Pues cada texto aporta desde diferentes ángulos distintos niveles de análisis y reflexión. Y aquí hago un paréntesis más. Un texto descriptivo es igual de valioso que uno profundamente analítico, pues ambos son aportes que nos hablan sobre el estado de la materia en cada tema y, para construir análisis y reflexiones maduras, es preciso contar con aportes descriptivos de calidad. Con obras como esta se abona a la comprensión y conocimiento de las mujeres, reafirmamos que las mujeres son parte esencial en la narrativa histórica, y al mismo tiempo identificamos que la historia debe dejar de ser un relato masculino con un modelo explicativo unívoco.

Por último, este libro es también un encuentro cálido y respetuoso con un grupo promisorio de historiadoras, una nueva ola de jóvenes investigadoras de distintas latitudes del país, que están marcando pauta, tanto en la forma de trabajar, como en los temas, los problemas de investigación y las propuestas metodológicas. Porque la misma historia de las mujeres nos ha enseñado que las mujeres avanzamos más si lo hacemos

juntas, de forma empática, sorora, ética y comprometida. Al mismo tiempo que nos ha mostrado que no hay una mujer ni un feminismo, sino experiencias plurales del ser mujeres y diferentes expresiones de feminismos, y todas estas realidades son valiosas y dignas de ser estudiadas.

En esta obra son gratos los encuentros y maravillosos los descubrimientos, por lo que deseo que más lectores se enriquezcan con un libro como este, que conozcan sobre aquellas mujeres en el siglo XX mexicano y por qué es que podemos afirmar que fueron agentes del proceso histórico.